

cha á pie, no por esto perderá menos tiempo. Mientras él corta el obstáculo, el enemigo avanza, y cuando llega á la cerca se aprovecha de su trabajo, pasando adelante sin pérdida de minutos. Por grande que sea la ventaja del fugitivo, su perseguidor le habrá alcanzado al poco rato.

No; el tránsito es imposible á la larga, fuera de los caminos. En la nueva Argentina todos han de marchar por los espacios que marcó la ley. Terminó el vagabundaje. El gaucho malo no encuentra espacio para correr. Martín Fierro tendría ahora que volverse á su rancho para ser hombre de bien, so pena de que la policía le prendiese en una encrucijada sin esfuerzo alguno.

Al desaparecer los errantes aventureros de la llanura, han muerto las guerras provinciales por falta de voluntarios.

La propiedad, que era en otros tiempos una noción vaga, indigna de respeto, crece hoy y se afirma victoriosa tras las murallas de alambre tendido. Las bestias pacen en libertad, seguras de los cuatros. Los viandantes ya no marchan jornadas enteras sin ver un rostro humano; ya no se pierden en una llanura infinita, que toda ella era camino. Al avanzar entre alambres, por una ruta determinada, se encuentran, se acompañan y se auxilian, lo mismo que en los caminos de Europa.

Así fué vencido el salvaje abandono de la tierra y se fortaleció el principio de propiedad.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después de alambrarse los campos.

Si en los tiempos presentes sintieran los hombres la necesidad de deificar todo lo que es útil para su existencia, como lo hicieron en los pueblos primitivos, la nación argentina levantaría altares á la gloria del riel, el vapor, el Remington y el alambre.

Ellos han transformado la vida y el aspecto del país mucho más que las revoluciones políticas y las frases retóricas y pomposas de los conductores de muchedumbres.

II

ORGANIZACIÓN DEFINITIVA DE LA NACIÓN

Salió el general Mitre de la presidencia cuando la guerra del Paraguay no había terminado aún y estaba latente en muchas provincias la lucha con el caudillaje. A esto se debió, sin duda, que su período de gobierno no fuese tan abundante en reformas como lo hacía esperar la gran cultura de este hombre público.

Jefe de un partido numeroso y conservándose sano y activo hasta una edad muy avanzada, el general Mitre fué objeto de la adoración del vecindario de Buenos Aires. Aconsejó á los hombres de la República en momentos difíciles; influyó con su palabra en la elección de presidentes; gozó de todas las ventajas y honores de una popularidad inmensa; pero, á pesar de esto, no volvió á ocupar la primera magistratura del país.

En Octubre de 1868 fué elegido, para sustituirle, el ilustre escritor Don Domingo Faustino Sarmiento, que se hallaba de representante diplomático en Washington.

Desde los tiempos de Rivadavia hasta esta elección, no había sido presidente de la República ningún hombre civil. Hay que advertir que Sarmiento tuvo en sus últimos años la debilidad de hacerse general, sin duda «por serlo todo en su patria». Fundándose en ciertas



BUENOS AIRES. COLEGIO «SARMIENTO»

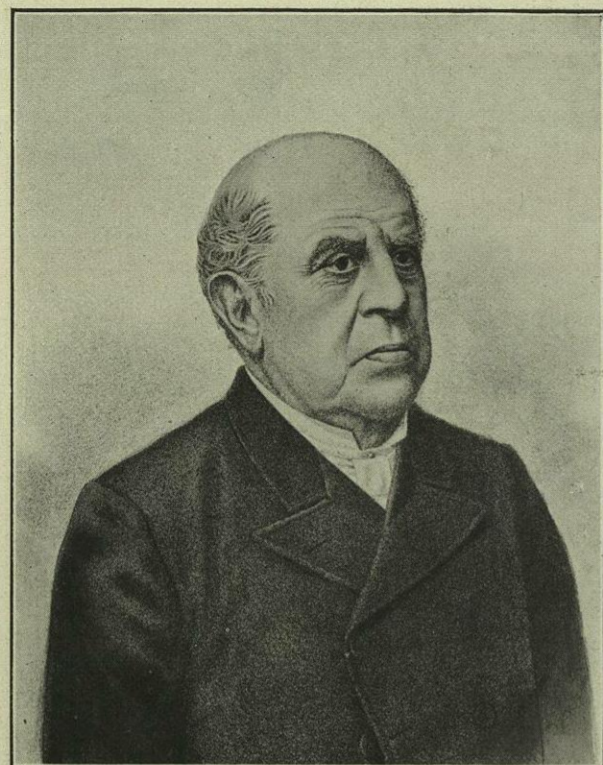
campañas de su juventud como guardia nacional, en su actuación de cronista en el Estado Mayor de Urquiza, cuando éste derribó á Rosas, y en sus luchas como gobernador de San Juan, creyóse un guerrero y se adornó con la faja. Pero la posteridad no puede imaginarse á este vigoroso pensador, de potente y ceñuda testa, vistiendo un uniforme militar. Su túnica de inmortalidad es la levita, la pobre levita del maestro de escuela. Su mérito consiste en haber llegado á la presidencia de una gran República sin otras armas que la pluma y un programa de gobierno condensado en dos afirmaciones: «No hay libertad donde el pueblo es ignorante». «Tened escuelas y no habrá revoluciones».

Una de las glorias más grandes de la República Argentina estriba en haber elevado á su primera magistratura á un maestro de escuela. Ninguna nación puede alabarse de lo mismo. El estado de cultura de la Argentina actual y el respeto con que atiende á la enseñanza, considerándola como una de las primeras necesidades públicas, dan á entender que un educador ilustre ha pasado por la más alta de sus posiciones oficiales.

Cuando Sarmiento ocupó el poder estaba convencido por la experiencia de que en un pueblo joven la más importante de las funciones es la educativa. Había que levantar un Estado nuevo en terreno virgen, y la educación equivalía al más firme de los cimientos.

Los problemas políticos, religiosos y sociales, todo cuanto puede alterar y preocupar la vida de un país, lo resolvía Sarmiento aplicando el mismo remedio infalible: «¡La escuela! ¡Siempre la escuela!»

Por sus bizarrías de escritor genial, por las originalidades de su carácter independiente,



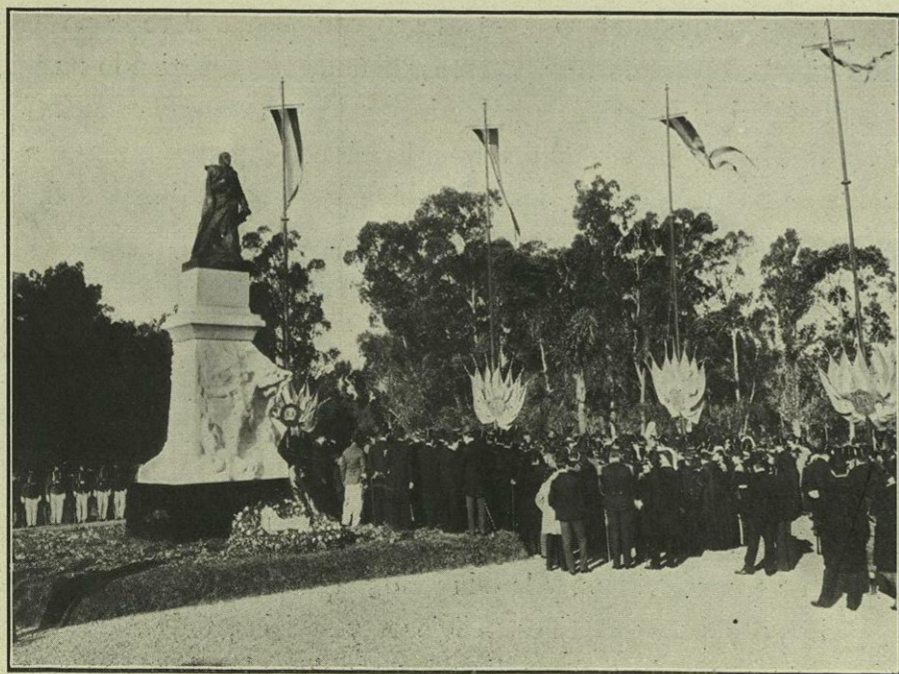
DON DOMINGO F. SARMIENTO

por su fe en la instrucción para el engrandecimiento de las democracias, y sus méritos de escritor, es Sarmiento el argentino ilustre más conocido en Europa.

Sus contemporáneos, poco acostumbrados á las genialidades de su carácter, genialidades de artista que no hubiesen llamado la atención en el viejo mundo, le apodaban «el loco Sarmiento». En España su nombre goza de gran popularidad entre las gentes de letras. Menéndez Pelayo le llamó «gaucho intrépido de la literatura y la política». El originalísimo Grandmontagne, al estudiar su obra, lo presenta como «un incansable educador á caballo», que esparció la instrucción en un radio de miles de leguas.

Descendiente de una familia española noble y arruinada, educado por un clérigo en el ambiente sencillo y devoto de un hogar al estilo colonial, Sarmiento, no obstante el cosmopolitismo de sus ideas y de sus estudios, fué el más español de todos los escritores de su época, por lo mismo que pasó la vida entera escribiendo y hablando contra España. Sufrió igual manía que hemos sufrido muchos escritores peninsulares: la de querer que marche apresuradamente nuestro país hacia el progreso en fuerza de insultos y hasta de golpes. Sarmiento, que hizo un viaje á la Península en 1845 (¡la época de Narváez y los moderados!), escribió cosas horribles de la antigua madre patria. No los hemos dicho menos terribles, con la mejor intención del mundo, muchos escritores que nos tenemos por buenos españoles, llegando en nuestra exaltación hasta la falsedad y la injusticia.

Se nota en los escritos de Sarmiento la obsesión de la madre patria. La insulta con sus juicios desde el otro lado del Océano, tal vez con la secreta esperanza de que llegue á ser de este modo tan grande como él la quisiera. Es la misma preocupación del que admira á una mujer por su belleza y la execra por sus defectos. La abrumba

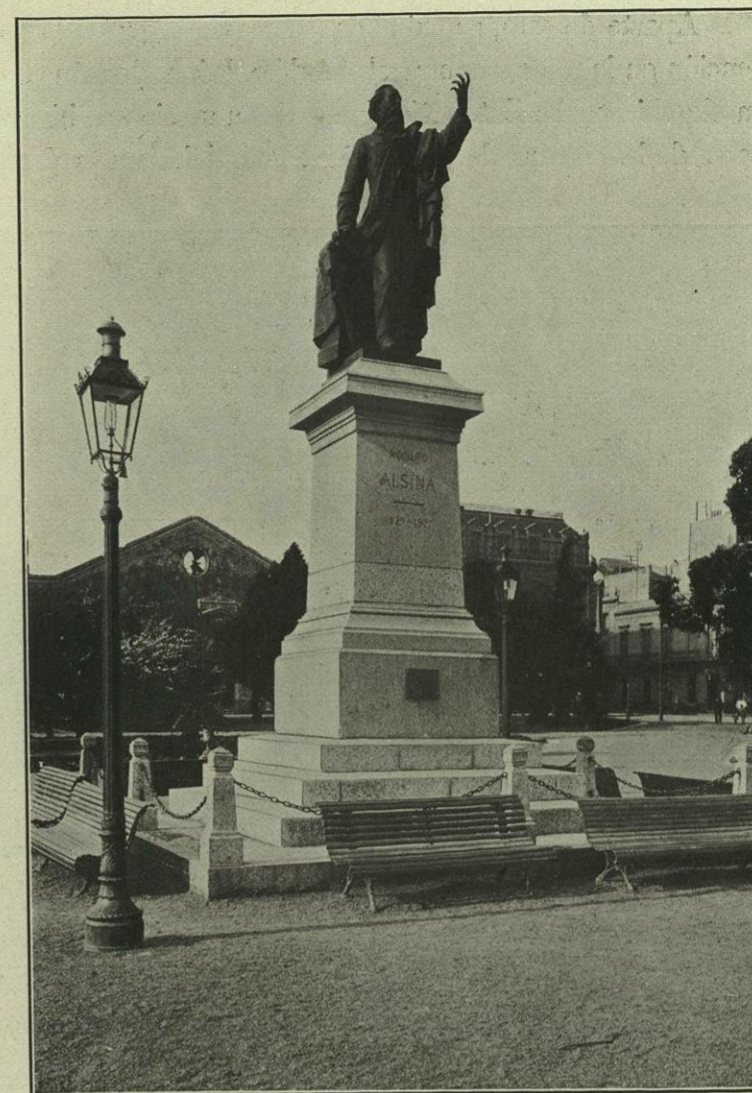
INAUGURACIÓN EN EL PARQUE DE PALERMO DEL MONUMENTO DE SARMIENTO
(Obra del escultor Rodín).

con sus insultos, pero habla de ella á todas horas.

Yo admiro en Sarmiento el hombre de voluntad, el testarudo de genio, el vagabundo de acción, hijo de sus obras, como los grandes artistas de otros siglos. Emigrado en Chile á los diez y ocho años por haber combatido en San Juan á los dos tiranos Facundo Quiroga y Rosas, es dependiente de comercio en Valparaíso con 16 pesos al mes, que emplea en la compra de libros. Luego pasa de capataz á una mina, y traduce á Walter Scott entre las cargas de mineral. Es soldado, comerciante, minero, prisionero, maestro de escuela, y en esta vida azarosa aprende varios idiomas y lee las obras maestras de la literatura contemporánea. Cuando llega á los cuarenta años de edad, ha pasado veinte fuera de su país, en Chile y en Europa. Comisionista viajero de la educación, antes de ocuparse de la enseñanza en su patria, echa las

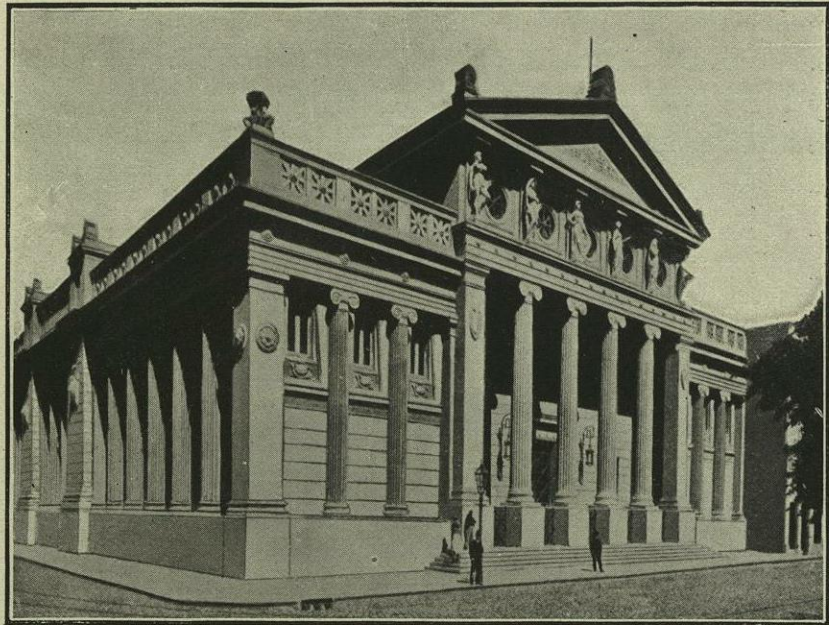
bases de la instrucción pública en Chile. Después de la victoria de Monte Caseros, puede regresar á la Argentina, interviene en su vida política, y entonces clama incesantemente en favor de la escuela. Exige que se cree un Consejo de Educación, y en 1857 queda al frente de este departamento, edificando la espléndida Escuela Modelo de Buenos Aires. En 1860, siendo senador y ministro, hace votar un crédito de cinco millones para nuevas escuelas, y las esparce por toda la pampa, allí donde encuentra un grupo de familias. En esta época funda talleres tipográficos confiados á europeos, para facilitar y abaratar la producción de libros; construye un dique en el Paraná, improvisa una Venecia americana en las islas del Tigre, y reparte las tierras de Chivilcoy entre miles de agricultores, demostrando prácticamente las ventajas de la subdivisión de la propiedad, como en muchas regiones de Europa.

Siendo presidente de la República se termina la guerra del Paraguay (1868) é inaugura en Córdoba la primera Exposición argentina. La enseñanza normal recibió de él un gran impulso. Sarmiento, que ofrecía la escuela como remedio único, necesitaba crear buenos maestros. Lo acertado de su gestión se nota actualmente en el idóneo personal dedicado á la enseñanza. Fundó una Escuela de ingenieros en San Juan, la Escuela Agronómica de Mendoza, la Facultad de Ciencias de Córdoba y el Observatorio de dicha ciudad, que ha prestado valiosos servicios á la ciencia. También costó la publicación de una gran carta celeste de la América del Sud.



BUENOS AIRES. ESTATUA DE ALSINA

Aparte de esto, se cuidó de dar mayor seguridad á las defensas de la República. Su intervención en la guerra contra el caudillo López Jordán, que había sucedido al general Urquiza en el gobierno de Entre Ríos luego de su asesinato, hizo ver á Sarmiento la necesidad de ocuparse de las fuerzas de mar y tierra, dándolas un carácter permanente. Reorganizó la Escuela



BUENOS AIRES. ESCUELA «PRESIDENTE ROCA»

Militar de Cadetes; creó la Escuela Naval, pues hasta entonces los buques de guerra habían sido tripulados por individuos de la marina mercante, y adquirió barcos para la defensa de los ríos. Estas reformas, la creación de nuevas vías férreas y el establecimiento de líneas telegráficas en toda la Argentina, ilustraron la administración de Sarmiento.

El antiguo maestro de escuela, el escritor artista de *Facundo* y *Recuerdos de provincias*, hizo más por la civilización que muchos genera-

les y caudillos populares. Desde los tiempos de Rivadavia no se había visto legislar tanto y tan acertadamente. Las nuevas generaciones argentinas fueron moldeadas definitivamente en el plan de educación ideado por Sarmiento.

En 1874 entregó el poder á su antiguo ministro Don Nicolás Avellaneda, elegido con arreglo á la Constitución. Despechado por el éxito de las elecciones el partido nacionalista que dirigía Mitre, tomó las armas para derrocar al nuevo presidente. Fué éste un atentado digno de los pasados tiempos de desorden é ilegalidad, del que participó insólitamente el general Mitre, tal vez por uno de esos compromisos á que se ven arrastrados los jefes de partido. Mitre fué vencido y hecho prisionero por las tropas del Gobierno en el combate de La Verde, provincia de Buenos Aires. Otras fuerzas sublevadas en la provincia de Mendoza quedaron deshechas por el coronel Roca en la acción llamada de Santa Rosa.

Avellaneda, una vez acabada la insurrección, amnistió á Mitre y se dedicó á las tareas de gobernante. El antiguo ministro de Instrucción Pública de Sarmiento era uno de los hombres más eminentes de Sud-América. Poseedor de una gran cultura y con progresivas orientaciones, su anhelo principal fué instruir al pueblo argentino, popularizando la enseñanza. Muchas de las leyes favorables á la instrucción pública adoptadas en la época de Sarmiento, fueron obra de Avellaneda.

Hijo de Don Marco, bárbaramente sacrificado en Tucumán por los esbirros de Rosas, unía al prestigio patriótico de su nombre ilustre los méritos de un gran artista de la palabra. Su elocuencia no ha sido superada por nadie en la tribuna argentina. Era un improvisador asombroso, que revestía las inspiraciones de su pensamiento ágil con las más frescas galas de la retórica.

Como modelo de oratoria tribunicia, espontánea y brillante, ha quedado un discurso suyo en honor de España, que improvisó en una fiesta de los peninsulares. Esta pieza oratoria

puede compararse con los mejores discursos de Castelar. Durante su gobierno abordó valientemente muchas cuestiones que habían dejado intactas sus antecesores. Legisló en materias de enseñanza y de religión, teniendo la habilidad de acelerar el progreso del país sin herir á las gentes de pensamiento estacionario. Resolvió una gran crisis financiera y comercial originada por el abuso del crédito; fundó nuevos centros de instrucción, y sostuvo intrincados debates diplomáticos con Chile á propósito de la batallona cuestión de límites.

Un verdadero problema nacional se resolvió bajo la presidencia de Avellaneda: el de la capitalidad de la República. El presidente tuvo que hacer cara á una insurrección de Buenos Aires, y acampó en las afueras de la ciudad con las escasas fuerzas de ejército que pudo reunir en los primeros momentos. Las tropas del Gobierno vencieron á los rebeldes y, al fin, el Congreso, reunido en la población Belgrano, federalizó la ciudad de Buenos Aires, separándola de la provincia, para que fuese en adelante capital de la República.

* * *

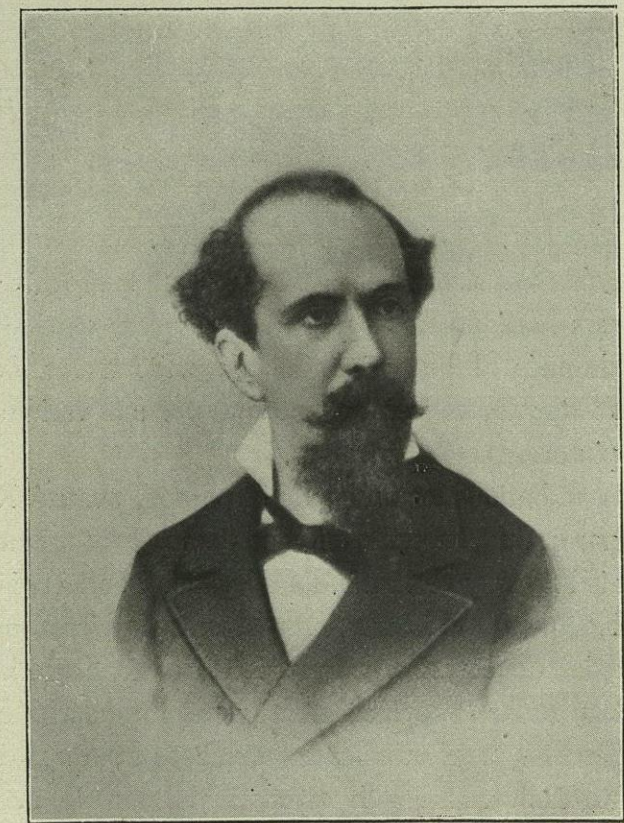
El hecho más trascendental de la presidencia de Avellaneda fué la conquista del desierto. Había llegado el momento de suprimir la influencia del salvaje. Era vergonzoso elevar escuelas modernas, traer del extranjero educadores, ofrecer en el litoral un aspecto de nación próspera y joven, mientras á pocas leguas subsistía siempre latente la amenaza del indio.

El ministro de la Guerra, Don Adolfo Alsina, confió la expedición al general Roca, que, aparte de sus servicios como militar, ofrecía la ventaja de haber estudiado de cerca la fuerza y organización de los indios. Encargado del mando de una parte de la frontera durante varios años, fué anotando el número de lanzas de que disponía cada tribu, y avanzando tierra adentro en expediciones parciales, hasta adquirir la certeza de que el poder del salvaje había sido exagerado enormemente, y que bastaría una expedición para expulsarlo de las llanuras del Sud y el Oeste de Buenos Aires, que era donde más estorbaba al movimiento civilizador.

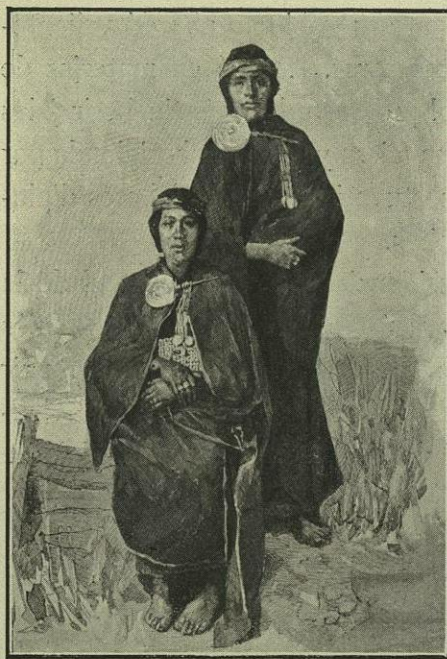
El Gobierno había vendido terrenos á muchos colonizadores y éstos no osaban posesionarse de ellos por miedo al indio, acampado en un suelo que tenía por suyo. Un día en que se verificaba al aire libre, en la provincia de Buenos Aires, una subasta de tierras, el rematador y los compradores tuvieron que huir á uña de caballo al enterarse de la proximidad de los indios, ganosos de terminar el acto con sus lanzas y sus bolas.

Todos temían al jinete indígena, especialmente al patagón de las llanuras del Sud; pero Roca estaba convencido de que tras su aparato belicoso y terrorífico sólo existía la nada.

Muchos habían fracasado en estas expediciones contra los indios. Rosas y otros caudillos



DON NICOLÁS AVELLANEDA



TIPOS DE PATAGONAS AL VERIFICARSE
LA CONQUISTA DEL DESIERTO

resistencia. Al principio creyeron los indios que se trataba de una expedición como muchas otras, reducidas á un paseo militar; pero al saber que se pretendía arrebatarles sus tierras, las defendieron palmo á palmo. En la pampa fué donde ocurrieron los combates más importantes. Hubo acciones, como la de San Carlos y otras, que equivalieron á verdaderas batallas. Las fuerzas de Levalle, Villegas, Olascoaga, etc., resistieron los choques más furiosos de las hordas dirigidas por los caciques Namuncurá y Baigorria.

Las principales tribus de la pampa las había ya estudiado de cerca, algunos años antes, el coronel y escritor Don Lucio V. Mansilla en una expedición que realizó con unos cuantos soldados, siendo jefe de la frontera Sud de Córdoba. El intrépido Mansilla vivió algún tiempo con Mariano Rosas y otros caciques, escribiendo después el libro titulado *Excursión á los Indios Ranqueles*, valioso en extremo por sus verídicas y pintorescas descripciones.

Batidos los indios en la pampa, avanzó Roca por el Sud, llegando en poco tiempo á las orillas del río Negro, y remontándolas hasta la confluencia del Neuquén y el Limay. Las tropas no tuvieron necesidad de disparar sus fusiles. Desde Río Negro hasta San Rafael, provincia de Mendoza, quedaron establecidas provisoriamente las nuevas fronteras de la República. Luego de este avance, poco se necesitaba para completar la dominación efectiva de todo el territorio.

En 1880 terminó la brillante presidencia del doctor Avellaneda. Como dice uno de sus biógrafos, este escritor y gran artista de la palabra «arrojó á montones desde Buenos Aires á los cuatro ángulos de la República la simiente fecunda,

avanzaron victoriosos por la pampa; pero retrocedieron luego sin obtener un resultado positivo. Algunos gobernantes, para vivir á salvo del peligro cobrizo, idearon la apertura de un zanjón enorme que aislaba la parte civilizada de la Argentina del resto del país. Este obstáculo podía impedir el paso de las bestias robadas por los indios en sus malones, pero no dificultaba la invasión.

Un cacique llamado Catriel, último representante de la fiereza indígena, sostenía la organización de sus hermanos de raza al Sur de Buenos Aires. Muchos araucanos, expulsados de Chile por los avances militares de esta República, se habían refugiado en el territorio argentino. Había llegado el momento de tomar la ofensiva para suprimir el peligro indio. El Remington facilitó la operación.

Avanzaron las divisiones, compuestas de lo más selecto del ejército argentino, veteranos en su mayor parte de la guerra del Paraguay, y en poco tiempo se realizó la conquista, no sin tropezar en algunos sitios con una tenaz

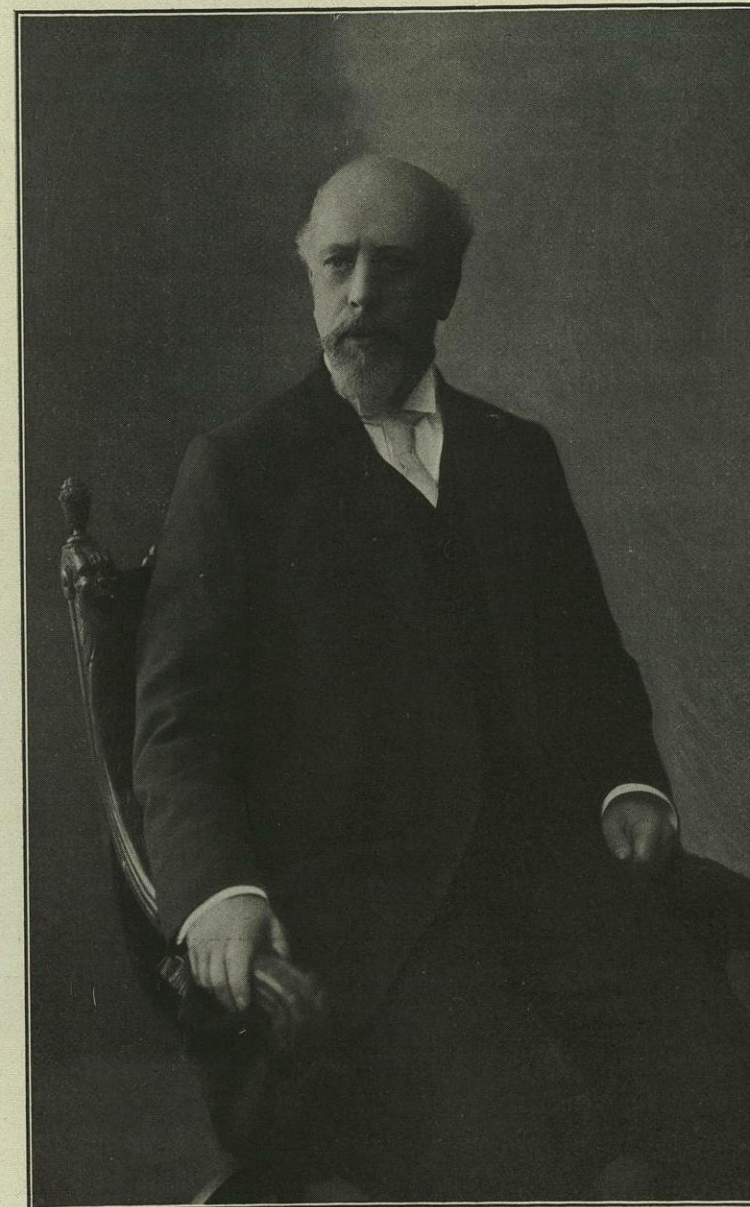


EL CACIQUE CATRIEL CON UN VIEJO UNIFORME
ARGENTINO (Grabado de un periódico de 1876).

bajo las especies de escuelas y colegios, bibliotecas é instituciones científicas». Sus triunfos de orador en las Cámaras fueron portentosos. Muchas veces un discurso suyo decidió la suerte de una ley. «La frase bella y útil — decía Avellaneda — será siempre un medio de gobierno, porque es un medio de acción y de influencia. Lo que subleva y es repulsivo, lo que merece todos nuestros anatemas, es la frase pomposa y sin sentido».

Su amor á las letras le hizo mostrarse fraternal y de simples costumbres en la vida íntima. Hasta en los tiempos más gloriosos de su presidencia, departía y paseaba amigablemente con todos los escritores y artistas de Buenos Aires, por modestos que fuesen.

Un día, cuando ocupaba el ministerio de Instrucción pública, leyó en una revista de la capital un notable estudio sobre literatura española. Lo firmaba cierto joven francés recién llegado á la Argentina. El ministro fué á visitarlo en su alojamiento, le estrechó la mano y le ayudó en su carrera. Aquel joven francés que escribía correctamente el castellano, conociendo á fondo todas las bellezas de las letras españolas, se llamaba Pablo Groussac. Era el literato brillante y erudito que hace años dirige la Biblioteca Nacional.



GENERAL ROCA

* * *

Para suceder á Avellaneda en la presidencia, fué elegido el general Roca. La batalla de Santa Rosa contra los enemigos del Gobierno, la expedición al desierto y los combates con los insurrectos de Buenos Aires, le habían dado gran prestigio ante sus partidarios. Hijo de un coronel de la Independencia, el joven Julio Argentino Roca estudió en el Colegio Histórico del Uruguay é hizo sus primeras armas en la batalla de Cepeda, al lado de Urquiza, que le dispensaba su protección. Luego se distinguió como valeroso combatiente en la guerra del Paraguay, y sirvió lealmente á los Gobiernos de Sarmiento y Avellaneda.

Durante un período de su presidencia, tuvo como Ministro de la Guerra á Don Benjamín Victorica, hombre á la vez de estudio y de espada, notable jurisculto, hijo político de Urqui-